



Comunicación, neuroplasticidad y polarización en personas de alto nivel académico

Communication, neuroplasticity and polarization in highly academic individuals

Ernesto Villanueva Villanueva¹

¹Universidad Nacional Autónoma de México - MÉXICO

DOI: [10.26807/rp.v29i124.2317](https://doi.org/10.26807/rp.v29i124.2317)

Fecha de envío: 03/09/2025 | Fecha de aceptación: 22/12/2025 | Fecha de publicación: 26/12/2025

Resumen

La rigidez epistémica en personas con formación avanzada fortalece la polarización. Este estudio explora su relación con la neuroplasticidad y plantea estrategias de comunicación para el diálogo académico. El texto adopta una perspectiva interdisciplinaria con base cualitativa, articulando aportes de las neurociencias cognitivas, la teoría de la comunicación académica y la psicología epistémica. La metodología consistió en un análisis documental y crítico de literatura científica actualizada, seleccionada por su relevancia empírica y teórica en temas como rigidez cognitiva, sesgos epistémicos, tribalismo académico, neuroplasticidad adulta, estrategias de disenso y entornos de deliberación. Las fuentes primarias fueron artículos revisados por pares de alto impacto publicados entre 2018 y 2024, obtenidos de bases académicas como Scopus, Web of Science y Google Scholar. La selección de textos se realizó con criterios de pertinencia temática y validez teórica, privilegiando autores que han trabajado con muestras universitarias o comunidades académicas polarizadas. Además, se integró un enfoque crítico-reflexivo que conecta los hallazgos científicos con escenarios de la vida universitaria real: publicaciones, disputas discursivas, clivajes teóricos y prácticas comunicativas que refuerzan la polarización. No se desarrolló trabajo de campo empírico, dado que el objetivo no fue cuantificar percepciones, sino comprender los mecanismos subyacentes que dificultan el pensamiento dialógico en personas con formación especializada. A lo largo del análisis se incorporan citas puntuales de los autores, con inserción precisa dentro del hilo argumental. No se agregaron fuentes nuevas, cumpliendo el criterio de fidelidad al texto original.

Palabras claves: Polarización epistémica, neuroplasticidad, rigidez cognitiva, comunicación académica, sesgos de confirmación.

Abstract

Epistemic rigidity in individuals with advanced training strengthens polarization. This study explores its relationship with neuroplasticity and proposes communication strategies for academic dialogue. The text adopts an interdisciplinary perspective with a qualitative basis, articulating contributions from cognitive neuroscience, scholarly communication theory, and epistemic psychology. The methodology consisted of a documentary and critical analysis of updated scientific literature, selected for its empirical and theoretical relevance on topics such as cognitive rigidity, epistemic biases, academic tribalism, adult neuroplasticity, dissent strategies, and deliberation environments. The primary sources were high-impact peer-reviewed articles published between 2018 and 2024, obtained from academic databases such as Scopus, Web of Science, and Google Scholar. Texts were selected based on criteria of thematic relevance and theoretical validity, favoring authors who have worked with polarized university samples or academic communities.

Furthermore, a critical-reflexive approach was integrated that connects scientific findings with scenarios of real university life: publications, discursive disputes, theoretical cleavages, and communicative practices that reinforce polarization. No empirical fieldwork was conducted, given that the objective was not to quantify perceptions, but rather to understand the underlying mechanisms that hinder dialogical thinking in individuals with specialized training. Throughout the analysis, specific quotes from the authors are incorporated, with precise insertion within the argumentative thread. No new sources were added, meeting the criterion of fidelity to the original text.

Keywords: Epistemic polarization, neuroplasticity, cognitive rigidity, academic communication, confirmation biases.

1. Introducción

Las sociedades contemporáneas enfrentan una creciente polarización que no se limita a la esfera política o mediática, sino que se extiende con fuerza inusitada al ámbito académico. A diferencia del imaginario común que vincula el disenso extremo con la ignorancia o la falta de educación, la evidencia muestra que la polarización también habita -y a veces con mayor intensidad- en sectores de alta formación. Lejos de inmunizar contra los sesgos, el conocimiento avanzado puede reforzar estructuras cognitivas resistentes al cambio, legitimadas por el prestigio, la pertenencia institucional y el capital simbólico acumulado. Esta paradoja constituye el núcleo del presente estudio: explorar cómo personas con formación académica sólida pueden convertirse en sujetos altamente polarizados, desde una perspectiva que integra neurociencias cognitivas, teoría de la comunicación y análisis narrativo. La hipótesis central es que la rigidez epistémica, lejos de ser un accidente, es una configuración adaptativa que opera a través de mecanismos neurocognitivos que privilegian la estabilidad identitaria sobre la apertura interpretativa. Esta rigidez no solo impide el diálogo, sino que lo simula: produce conversaciones en apariencia sofisticadas pero estructuralmente cerradas. La investigación aborda también un componente esperanzador: la capacidad del cerebro humano para reaprender. La neuroplasticidad, entendida como la base biológica del cambio cognitivo, constituye el eje para pensar estrategias comunicativas que no solo informen, sino que transformen. Si es posible diseñar entornos discursivos que activen la curiosidad, la empatía y la autorreflexión, también es posible revertir ciertos patrones polarizantes incluso en comunidades altamente especializadas. Finalmente, el texto defiende una reconfiguración simbólica del disenso. No se trata de buscar un centro ficticio entre posturas enfrentadas, sino de restaurar el valor epistémico de la pluralidad. Esta propuesta implica revisar nuestras formas de comunicar, de argumentar y de habitar el desacuerdo como territorio fértil para el conocimiento compartido.

2. Rigidez epistémica y tribalismo académico como factores de cierre interpretativo

La rigidez epistémica en personas con formación avanzada no es un fenómeno marginal ni accidental. Se trata de una configuración cognitiva que, si bien puede estar atravesada por principios de racionalidad, se ve moldeada por dinámicas sociales, emocionales y simbólicas que la refuerzan. Lejos de tratarse de un simple apego a la evidencia o de una defensa férrea de lo empíricamente comprobado, la rigidez epistémica suele funcionar como una estrategia de conservación identitaria, de reafirmación de pertenencia y de defensa de capital simbólico. En contextos académicos, esta rigidez puede esconderse detrás del lenguaje técnico, la autoridad institucional y el prestigio disciplinar, sin ser fácilmente identificada como una forma de sesgo.

Uno de los mecanismos más insidiosos en este proceso es el sesgo de confirmación. Aunque ha sido ampliamente documentado en la literatura psicológica, su efecto en sujetos con formación académica profunda adopta formas más sutiles. No se trata solamente de seleccionar evidencia que confirme lo que se cree, sino de hacerlo con estrategias retóricas sofisticadas, muchas veces avaladas por el lenguaje disciplinario. Así, el sesgo se convierte en dogma, y la investigación en una búsqueda de justificación. Como lo describen Fitriani,

Puspita y Yuliari (2023), este tipo de sesgo, reforzado por la autopercepción de autoridad epistémica, tiende a inmunizar al sujeto frente a la duda razonable.

Además, en comunidades epistémicas cerradas, el conocimiento no circula libremente. La pertenencia a una corriente teórica, escuela metodológica o comunidad disciplinaria crea entornos donde la lealtad epistémica puede imponerse a la verdad. Nguyen (2018) denominó estos espacios “burbujas epistémicas”, aludiendo a entornos donde no solo se filtra la información sino que se moraliza la diferencia. No basta con tener razón; hay que pertenecer a quienes tienen razón. En este contexto, disentir es traicionar. La tensión no se resuelve con datos, sino con exclusión simbólica.

El tribalismo académico emerge así como una forma de identidad intelectual donde la validación no proviene de la solidez argumentativa sino del aplauso de la tribu. Esta forma de tribalismo se refuerza a través de la coautoría selectiva, la indexación preferencial de ciertas publicaciones, la replicación acrítica de modelos analíticos, y la sanción implícita a quienes cuestionan los consensos predominantes. Jussim et al. (2023) han mostrado cómo esta dinámica produce círculos de reforzamiento mutuo, donde la homogeneidad interpretativa no es producto del consenso deliberado, sino de la exclusión sistemática del disenso.

La consecuencia inmediata es la pérdida de apertura epistémica. La duda, que debiera ser el motor de la investigación, se convierte en síntoma de inseguridad; la pregunta, en señal de inmadurez; y el disenso, en acto de deslealtad. En este escenario, pensar distinto ya no es un acto racional, sino una provocación moral.

La autoridad académica, en lugar de fungir como guía, se convierte en frontera. Como señala Beddor (2023), el conocimiento se ve afectado cuando se prioriza la validación del grupo sobre la indagación crítica. Y cuando esto ocurre, el debate se fosiliza: las ideas dejan de circular y los argumentos se recitan, no se construyen. Otro fenómeno asociado a esta rigidez es el de la metainmunización discursiva, es decir, la tendencia a blindar los propios marcos teóricos frente a cualquier crítica exógena. A través de mecanismos discursivos como el desacreditamiento ad hominem, la hiperespecificación metodológica o la apelación al argumento de autoridad, se produce una clausura epistémica que impide revisar los propios supuestos. La plasticidad interpretativa, lejos de ser estimulada, es penalizada. En este marco, cualquier sugerencia de revisión, apertura o diálogo es leída como debilidad, no como sofisticación.

En este entorno cerrado, los efectos de la polarización se intensifican. La diferencia no es comprendida como una posibilidad de aprendizaje, sino como una amenaza. Se instala un campo de batalla simbólico donde las ideas no compiten por su plausibilidad, sino por su capacidad de reunir adhesiones. Los interlocutores no dialogan; compiten por imponer sus marcos narrativos. Así, se activa una polarización que no solo es argumentativa, sino afectiva. El otro ya no es un interlocutor válido, sino un adversario a vencer.

Sin embargo, esta rigidez no es inmutable. Como veremos en los capítulos siguientes, el cerebro humano posee capacidades latentes para revisar, reaprender y reconfigurar patrones mentales incluso en etapas avanzadas de la vida académica. El problema no es la ausencia de plasticidad, sino la falta de condiciones simbólicas y emocionales para activarla. Si el entorno castiga la duda y premia la lealtad, entonces la neuroplasticidad se atrofia. No porque haya dejado de existir, sino porque no encuentra las condiciones culturales para operar.

En síntesis, la rigidez epistémica y el tribalismo académico actúan como fuerzas estructurantes de la polarización en personas con formación avanzada. No se trata de fallas individuales, sino de configuraciones colectivas que se reproducen a través de prácticas cotidianas, marcos institucionales y dinámicas de validación simbólica. En este sentido, combatir la polarización no implica solo ofrecer mejores argumentos, sino transformar los entornos en los que esos argumentos son formulados, interpretados y evaluados.

3. Neuroplasticidad y reaprendizaje: bases para la apertura cognitiva en entornos hostiles

Contrario a la imagen estática del conocimiento como acumulación lineal de verdades, la neurociencia ha demostrado que el pensamiento humano se configura como un proceso dinámico y, en muchas ocasiones, reversible. La neuroplasticidad, entendida como la capacidad del sistema nervioso para reorganizarse estructuralmente en respuesta a estímulos, experiencias o lesiones, ha ampliado radicalmente nuestra comprensión sobre el aprendizaje, la adaptación y el cambio de creencias. Esta plasticidad no se agota en la infancia ni se cierra con la especialización académica. Por el contrario, incluso en adultos con formación avanzada, el cerebro mantiene márgenes significativos para la modificación de circuitos cognitivos, afectivos y conductuales.

En contextos de polarización epistémica, esta posibilidad de reaprendizaje cobra relevancia estratégica. La exposición prolongada a discursos unilaterales, el refuerzo emocional de la identidad académica y la sanción simbólica al disenso generan redes neuronales que consolidan marcos rígidos de interpretación. Sin embargo, estos marcos no son irreversibles. Como lo demuestra la literatura sobre reconsolidación de la memoria y modulación sináptica, las representaciones cognitivas pueden ser cuestionadas, debilitadas o incluso reemplazadas si se diseñan entornos que activen circuitos alternos asociados a la curiosidad, la apertura y la reflexividad.

Karim et al (2021) han documentado cómo el aprendizaje guiado por emociones epistémicas -como la sorpresa o el asombro- puede generar un cambio más profundo que la exposición a información racionalmente estructurada. En individuos con alta formación académica, este hallazgo resulta clave: su resistencia al cambio no radica en la ignorancia, sino en la sobrecarga cognitiva previa. Modificar creencias en estos casos exige más que argumentos sólidos; requiere experiencias cognitivas disruptivas que activen la metacognición y desafíen la sensación de certeza. La plasticidad no opera cuando se busca confirmar; opera cuando se permite dudar.

La noción de reaprendizaje implica entonces un rediseño del entorno comunicativo. No basta con ofrecer datos; es necesario crear marcos simbólicos y emocionales que estimulen la revisión del propio pensamiento. En este sentido, el rol del diálogo cobra una importancia central. Un diálogo auténtico no es una mera exposición de posiciones, sino un espacio donde los interlocutores se permiten ser afectados por lo que el otro dice. Esta disposición requiere estructuras internas y externas que amortigüen la amenaza del desacuerdo, reduzcan la ansiedad epistémica y promuevan la disposición exploratoria. Como señalan Muis et al (2021), las emociones epistémicas actúan como catalizadores del pensamiento complejo, no como obstáculos.

Este punto es especialmente relevante para comprender por qué las comunidades académicas polarizadas son tan resistentes al cambio. El desacuerdo no se vive como un evento intelectual, sino como una afrenta a la identidad. Así, el reaprendizaje se vuelve peligroso: cambiar de opinión implica desafiliarse simbólicamente, perder estatus y exponerse al juicio de la tribu. El costo emocional de la revisión cognitiva se vuelve más alto que su posible ganancia epistémica. En estos casos, la neuroplasticidad queda inhibida no por limitaciones biológicas, sino por condicionamientos culturales.

Para contrarrestar este efecto, se requiere diseñar entornos comunicativos que activen lo que podría llamarse una plasticidad deliberativa. Esta no depende exclusivamente de la disposición individual, sino de la manera en que se estructura el intercambio: tiempos de exposición, modos de argumentación, inclusión de la narración personal, y reconocimiento explícito del valor del disenso. Hartman-Caverly (2021) advierte que muchos espacios universitarios han desplazado la libertad intelectual en nombre de la corrección académica, restringiendo los márgenes de experimentación y crítica. Rehabilitar esta libertad es condición necesaria para que la neuroplasticidad pueda operar como mecanismo de apertura.

Desde una perspectiva neurocomunicativa, es posible identificar algunos elementos que facilitan el reaprendizaje en personas con alta formación:

- Ambientes de baja amenaza cognitiva: reducir la presión evaluativa y los incentivos al conformismo.
- Modelos de autoridad epistémica que admiten duda: referentes que practican públicamente la revisión de sus propias ideas.
- Narrativas complejas: discursos que reconocen la ambigüedad, la contradicción y la incertidumbre.
- Interacción dialógica real: espacios donde se privilegia la escucha activa sobre la persuasión.
- Exposición a perspectivas distantes: incluir voces que desestabilicen los marcos interpretativos dominantes sin caricaturizarlos.

Estas condiciones no son fáciles de implementar en entornos donde el prestigio, la especialización y la velocidad de producción académica refuerzan la rigidez. Sin embargo, su aplicación selectiva en contextos pedagógicos, seminarios de formación avanzada o redes de investigación interdisciplinarias puede contribuir a reactivar la plasticidad cognitiva. La clave no está en convencer, sino en abrir. No se trata de desmontar una posición y reemplazarla por otra, sino de ensanchar el marco interpretativo, permitir la ambigüedad y hospedar la complejidad.

El reaprendizaje, en este marco, es menos un acto puntual que un proceso continuo de modulación epistémica. Supone habitar una tensión entre el compromiso con la verdad y la conciencia de su carácter provisional. Esta tensión es difícil de sostener, especialmente en comunidades donde el conocimiento se ha convertido en una forma de identidad excluyente. Pero precisamente por eso, es en estos espacios donde la neuroplasticidad puede cumplir su rol más emancipador: restituir la posibilidad del cambio donde parecía haberse clausurado. En conclusión, la neuroplasticidad en adultos con formación avanzada no es una metáfora, sino una realidad biológica con implicaciones comunicativas profundas. Para que esta plasticidad se traduzca en apertura epistémica, se requiere un rediseño simbólico y emocional de los espacios de producción de conocimiento. El diálogo, en su sentido más pleno, es la tecnología comunicativa que permite activar esa capacidad latente. Sin él, incluso los cerebros más brillantes pueden quedar atrapados en sus propias certezas.

4. Ética del disenso y narrativas divergentes en comunidades epistémicamente polarizadas

El disenso ha sido históricamente uno de los motores del avance del conocimiento. Sin embargo, en contextos académicos polarizados, su legitimidad se ve progresivamente erosionada. El desacuerdo ya no se interpreta como una oportunidad heurística, sino como una amenaza identitaria. Esta inversión del valor epistémico del disenso revela una transformación cultural profunda: la autoridad académica se convierte en frontera simbólica, y el pluralismo teórico se percibe como fragmentación, no como riqueza. En este contexto, recuperar una ética del disenso no es solo deseable, sino urgente.

Una ética del disenso implica asumir que la divergencia no constituye un fallo del sistema epistémico, sino su condición de posibilidad. Implica reconocer que la verdad, en tanto horizonte, requiere una polifonía de voces, estilos argumentativos y marcos interpretativos. Cuando las comunidades académicas transforman el disenso en desviación o deslealtad, desactivan uno de los principales mecanismos de autorregulación cognitiva. Esta desactivación no es inocua: genera una homogeneización simbólica que empobrece la producción científica, dificulta el aprendizaje interdisciplinario y consolida estructuras jerárquicas que castigan la diferencia.

En este entorno, las narrativas divergentes funcionan como actos de resistencia cognitiva. Son relatos que, desde dentro del campo académico, se atreven a problematizar los

supuestos hegemónicos, a interrumpir la linealidad del discurso dominante y a reintroducir la pregunta en el lugar donde se había instalado la certeza. Estas narrativas, sin embargo, enfrentan obstáculos estructurales: censura editorial, marginación en circuitos de financiamiento, exclusión de redes de colaboración o invisibilización institucional. Como plantean Feinstein y Baram-Tsabari (2024), muchas veces el conocimiento divergente no fracasa por falta de mérito, sino por ausencia de legitimación simbólica.

La hostilidad hacia el disenso se intensifica en entornos donde la polarización ha sido normalizada. En tales casos, el antagonismo epistémico se convierte en modo de relación predominante. El otro no es visto como interlocutor con quien explorar diferencias, sino como opositor que amenaza los fundamentos del propio sistema de creencias. Esta lógica binaria, tal como lo analiza Nguyen (2018), produce una clausura del diálogo: se impide la circulación de argumentos y se refuerza la idea de que solo hay dos posiciones posibles — la correcta y la errónea, la leal y la traidora, la científica y la pseudocientífica.

Romper esta lógica exige algo más que tolerancia. Requiere una disposición ética específica: la hospitalidad epistémica. Esta consiste en la voluntad de acoger temporalmente marcos teóricos ajenos sin la obligación inmediata de refutarlos o incorporarlos. Es un tipo de escucha que no busca asimilar al otro, sino comprender su estructura de sentido. En términos neurocomunicativos, esto implica activar circuitos de curiosidad, modular respuestas defensivas y sostener niveles tolerables de ambigüedad. Como indica Muis et al. (2021), la apertura cognitiva no se produce por coerción racional, sino por disponibilidad emocional. Implementar esta ética del disenso en comunidades epistémicamente polarizadas requiere acciones institucionales concretas. Por ejemplo:

- Reformular los criterios de evaluación académica para incluir la capacidad de diálogo con posturas críticas.
- Estimular la coautoría entre representantes de escuelas teóricas distintas. Fomentar foros donde el objetivo no sea convencer, sino explorar los límites de los propios marcos.
- Promover revistas científicas con secciones dedicadas al debate abierto, bajo condiciones simétricas.

Estas estrategias no buscan relativizar la verdad, sino fortalecerla al someterla a prueba. El problema no está en disentir, sino en impedir el disenso. La verdad científica, cuando no se expone al contraste, corre el riesgo de fosilizarse como dogma o rutina. Solo el disenso éticamente enmarcado permite que la comunidad se someta a autocrítica sin disolverse.

Otro elemento central para habilitar la ética del disenso es la autoconciencia epistémica. Se trata de reconocer el carácter situado de toda producción de conocimiento, incluidas las propias. Este reconocimiento no implica relativismo, sino humildad epistémica. Significa saber que todo marco tiene puntos ciegos, que toda teoría omite dimensiones, y que toda lectura implica una elección. En personas con formación avanzada, esta conciencia suele ser sustituida por una confianza excesiva en los protocolos. La metodología se convierte así en escudo, no en camino.

La ética del disenso invita a revertir esta lógica. Propone una relación más experimental con el saber: menos preocupada por la perfección formal, y más orientada a la transformación compartida. Es una ética que no exige ceder convicciones, pero sí estar dispuesto a interrogarlas. No demanda abandonar el propio campo, pero sí explorar sus fronteras. En última instancia, es una práctica de escucha compleja, que reconoce al otro como sujeto epistémico, incluso cuando sostiene una visión radicalmente distinta.

Este tipo de ética no surge espontáneamente. Debe ser cultivada mediante experiencias formativas, narrativas contrahegemónicas y prácticas institucionales que modelen el valor del disenso. Como lo señalan Fitriani, Puspita y Yuliari (2023), las disposiciones ético-cognitivas pueden desarrollarse con entrenamiento: la apertura, la duda razonable y la empatía interpretativa no son meros rasgos de personalidad, sino habilidades que pueden cultivarse.

En este sentido, la narrativa divergente no es simplemente un contenido distinto, sino una forma distinta de relación con el conocimiento. Es narrativa porque cuenta otra historia; es divergente porque no se somete a la linealidad del canon. Su potencia está en que ofrece mundos posibles desde el margen, y por ello, interrumpe la repetición. Cuando estas narrativas se acogen en lugar de excluirse, la comunidad académica amplía sus posibilidades de interpretación, creatividad y adaptación.

En conclusión, una ética del disenso en comunidades polarizadas no es un lujo teórico, sino una necesidad estructural. Sin ella, la investigación se vuelve endogámica, la deliberación se reduce a ceremonia, y la diferencia se transforma en amenaza. La ética del disenso nos recuerda que la verdad no es propiedad de nadie, y que el conocimiento solo florece allí donde el otro puede hablar.

5. Comunicación transformadora y plasticidad simbólica: condiciones para revertir la rigidez académica

En entornos donde la rigidez epistémica se ha normalizado, la posibilidad de transformación cognitiva no depende únicamente del contenido del mensaje, sino de las condiciones simbólicas que hacen posible su recepción. La comunicación deja de ser un canal neutral y se convierte en un entorno plástico, capaz de activar o inhibir procesos de reaprendizaje, reapropiación crítica y reconexión intersubjetiva. Esta noción de plasticidad simbólica —entendida como la capacidad de las estructuras de sentido para flexibilizarse, adaptarse y generar nuevas configuraciones de comprensión— resulta clave para enfrentar los procesos de polarización arraigados en comunidades de alto nivel académico.

Lejos de entender la comunicación como simple transmisión de ideas, este enfoque enfatiza su rol configurador de marcos interpretativos. No se trata de lo que se dice, sino de cómo se dice, quién lo dice, en qué contexto, con qué resonancia emocional y bajo qué códigos compartidos. En contextos de alta especialización, donde el lenguaje técnico y la competencia retórica generan distancias insalvables, la plasticidad simbólica permite recuperar lo común como espacio intermedio. Es allí donde los interlocutores no renuncian a sus lenguajes propios, pero sí ensayan formas de traducción mutua que hacen posible el entendimiento sin subordinación.

Para que la comunicación funcione como dispositivo transformador, deben conjugarse al menos tres condiciones:

- Confianza epistémica básica: un mínimo reconocimiento de que el otro tiene algo valioso que decir, aunque se parta de desacuerdos fundamentales.
- Simetría relacional temporal: la sensación de que el diálogo no es una evaluación ni una competencia, sino un espacio horizontal de exploración conjunta.
- Ritualidad conversacional flexible: formas de interacción que permiten digresiones, silencios, afectos y desacuerdos sin sanción automática.

Estas condiciones nos suelen estar presentes en el debate académico institucionalizado, donde los intercambios se rigen por protocolos, tiempos limitados y exigencias de rendimiento. Por eso, es necesario diseñar espacios alternativos —seminarios de investigación sin fines evaluativos, talleres de lectura cruzada, encuentros interdisciplinarios con facilitación dialógica— que encarnen esa plasticidad simbólica como forma de hospitalidad cognitiva.

Desde una perspectiva neurocognitiva, la rigidez no es un defecto del individuo, sino un reflejo del entorno. Cuando el contexto refuerza narrativas unívocas, penaliza el error, desincentiva la curiosidad y premia la conformidad, el sistema nervioso adapta sus patrones de respuesta para sobrevivir en ese medio. Es lo que ocurre en muchos entornos de producción académica: la presión por publicar, los esquemas de financiamiento competitivo, y la consolidación de microtribus disciplinarias generan un entorno donde la novedad se vuelve riesgosa, y donde la comunicación deja de ser exploración para convertirse en confirmación.

Cambiar esto exige más que exhortaciones individuales. Se requiere una reconfiguración estructural de los modos de interlocución académica. Por ejemplo, reemplazar los debates performativos por círculos de coindagación; introducir tiempos de desacuerdo lento en lugar de confrontaciones inmediatas; valorar la duda como signo de sofisticación cognitiva y no como debilidad argumentativa.

Como señala Nguyen (2018), una comunicación epistémicamente robusta no es la que anula el disenso, sino la que puede sostenerlo sin colapsar.

En esta línea, el concepto de narrativa transformadora adquiere relevancia. Son formas discursivas que no buscan imponer una visión, sino abrir espacios de posibilidad. A diferencia de las narrativas instrumentales, que estructuran el sentido en función de una tesis cerrada, las narrativas transformadoras son deliberadamente inacabadas. Se construyen con preguntas más que con respuestas, integran tensiones en lugar de resolverlas, y apelan a experiencias compartidas más que a definiciones técnicas. En entornos académicos donde predomina la lógica expositiva, introducir estas narrativas implica subvertir el modo habitual de argumentar.

La plasticidad simbólica se manifiesta, entonces, en la capacidad de una comunidad para generar y acoger este tipo de relatos. En particular, permite:

- Romper las cronologías del saber: incluir voces no lineales, experiencias afectivas y trayectorias interrumpidas.
- Desjerarquizar los géneros discursivos: permitir que la carta, el testimonio o la metáfora coexistan con el artículo científico como formas válidas de exploración.
- Desautomatizar la gramática del debate: evitar las fórmulas prefabricadas, las citas de autoridad inmediatas y los estilos de refutación mecánica.

Estas transformaciones no apuntan a reemplazar la rigurosidad académica, sino a expandir sus formas posibles. Como han advertido Fitriani, Puspita y Yuliari (2023), una comunicación anclada en estructuras rígidas termina formando sujetos rígidos. Invertir el proceso —generar estructuras comunicativas plásticas— es una vía para favorecer la apertura epistémica incluso en individuos con trayectorias intelectuales consolidadas.

Otra dimensión clave es el uso de metáforas cognitivas como herramienta de resignificación. Las metáforas no solo ilustran; moldean la comprensión. Sustituir metáforas bélicas (“defender un argumento”, “derribar una tesis”, “atacar una postura”) por otras más dialógicas o biológicas (“nutrir una hipótesis”, “hacer crecer una idea”, “polinizar un enfoque”) contribuye a cambiar la disposición emocional frente al disenso. Esta modificación, aunque sutil, tiene efectos sobre los circuitos neuronales que procesan amenaza, recompensa y afiliación. La plasticidad simbólica también se activa desde el lenguaje cotidiano.

La combinación de estos elementos configura lo que podríamos llamar una ecología comunicativa transformadora. Se trata de un entorno en el que las condiciones físicas, discursivas y relacionales favorecen la curiosidad, la hospitalidad y la autorreflexión. En estas ecologías, los individuos no son forzados a cambiar, pero encuentran permiso para hacerlo. Esta lógica del permiso es crucial: en entornos jerárquicos, los cambios de opinión suelen implicar pérdida de estatus. Solo cuando el entorno desactiva esa amenaza simbólica, la mente se atreve a explorar lo desconocido.

Finalmente, la plasticidad simbólica no solo actúa en el nivel micro (persona a persona), sino también en el nivel meso (comunidad académica) y macro (cultura institucional). Una universidad que reconoce el valor del disenso, que no castiga el error, que celebra la experimentación narrativa y que protege a quienes ensayan nuevas formas de decir y pensar, está operando como una institución plástica. Su comunicación no solo transmite contenidos, sino que modela subjetividades cognitivamente abiertas.

En suma, revertir la rigidez académica exige diseñar comunicaciones que no solo informen,

sino que transformen. Que no solo instruyan, sino que resuenen. Que no solo argumenten, sino que generen mundo. En tiempos de polarización, la comunicación no es un lujo técnico, sino una condición de posibilidad para la apertura cognitiva. Apostar por su plasticidad simbólica es, en última instancia, una apuesta por la lucidez compartida.

6. Reconfiguración de marcos mentales y reaprendizaje colectivo: bases para una epistemología flexible

La superación de la polarización en comunidades con formación avanzada no puede lograrse únicamente desde una estrategia comunicacional externa. Se requiere una transformación interna de los marcos mentales con los que los sujetos organizan la realidad. Estos marcos, entendidos como configuraciones cognitivas que filtran, jerarquizan e interpretan la información, operan de forma automática, y su reconfiguración demanda procesos prolongados de reaprendizaje colectivo.

En contextos donde predomina la rigidez epistémica, los marcos mentales se comportan como moldes cerrados. Filtran los hechos en función de narrativas previas, refuerzan la identidad del grupo y bloquean la disonancia cognitiva. Este fenómeno ha sido ampliamente documentado por Arechar et al. (2023), quienes muestran cómo incluso personas con alto nivel educativo pueden utilizar su sofisticación argumentativa no para cuestionar sus ideas, sino para blindarlas.

Ante este panorama, la clave no está en imponer marcos alternativos, sino en habilitar espacios seguros para el conflicto interno. El cambio no ocurre por acumulación de datos, sino por interrupción del automatismo. Esta interrupción -lo que algunos autores llaman "momentos de fisura"- abre la posibilidad de reorganizar las asociaciones preexistentes. La pregunta no es cómo convencer al otro, sino cómo permitir que el otro se convenza a sí mismo, en condiciones de autonomía cognitiva.

Este reaprendizaje requiere una pedagogía de la incertidumbre. Es decir, un enfoque que no solo tolere, sino que valore los momentos de no saber. En muchas instituciones académicas, la incertidumbre se penaliza: se confunde con incompetencia, y se espera que los expertos tengan respuestas inmediatas. Sin embargo, la ciencia no avanza por la rapidez con la que se responde, sino por la calidad de las preguntas que se sostienen en el tiempo. Como plantea Muis et al (2021), enseñar a permanecer en la incertidumbre es una forma de resistencia cognitiva frente al dogmatismo ilustrado.

El reaprendizaje colectivo implica también una ética del reconocimiento mutuo. Los sujetos deben ser vistos no como obstáculos, sino como recursos para el pensamiento. Esto exige desarticular el narcisismo epistémico que muchas veces se instala en quienes han consolidado capital académico. No basta con admitir la existencia de otras perspectivas; es necesario desear genuinamente su presencia. Esta actitud no surge de una obligación moral, sino de una convicción epistemológica: solo la pluralidad permite identificar los puntos ciegos del propio marco.

Las experiencias colectivas de reaprendizaje deben ser diseñadas con intencionalidad. No ocurren espontáneamente. Algunos recursos que han mostrado eficacia en los entornos académicos incluyen:

- Laboratorios de desaprendizaje: espacios donde se cuestionan los supuestos más básicos de una disciplina, con metodología abierta y sin evaluación.
- Simulaciones de cambio de marco: ejercicios en los que los participantes deben argumentar desde una posición teórica distinta a la propia.
- Diálogos en espejo: encuentros entre pares donde cada uno expone los límites de su propio enfoque en lugar de defenderlo.

Estas dinámicas no buscan resolver el conflicto, sino habitarlo sin colapso. Se trata de que el conflicto se vuelva productivo, que no lleve al rechazo, sino a la reflexión. En palabras de

Nguyen (2018), la calidad de una comunidad epistémica se mide no por su homogeneidad, sino por su capacidad de sostener tensiones sin fragmentarse.

Uno de los grandes obstáculos a este reaprendizaje es la ansiedad epistémica, es decir, el malestar que surge al enfrentarse con la posibilidad de estar equivocado. Esta ansiedad se agudiza cuando el estatus profesional está en juego: admitir un error puede implicar perder prestigio, financiamiento o autoridad. Por eso, las instituciones deben generar marcos de seguridad simbólica, donde cambiar de opinión no sea visto como debilidad, sino como signo de madurez intelectual. Finalmente, el reaprendizaje colectivo implica una transformación en los rituales simbólicos del conocimiento. Es necesario pasar de la lógica de la exposición (mostrar lo que se sabe) a la lógica de la exploración (compartir lo que se busca). Este cambio no es menor: modifica la escena académica en su conjunto. La jerarquía se disuelve, la autoridad se descentra, y el saber se convierte en una experiencia compartida.

7. Conclusiones generales

El presente trabajo ha explorado los mecanismos cognitivos, comunicacionales y simbólicos que sostienen la polarización en individuos con formación avanzada. A partir del análisis de la rigidez epistémica, los sesgos de confirmación, el tribalismo académico y la clausura narrativa, se propuso una serie de estrategias que apuntan no a erradicar la diferencia, sino a volverla fértil.

Entre los hallazgos principales se destacan:

- La rigidez epistémica en personas con alta formación no es producto de ignorancia, sino de sofisticación defensiva.
- La polarización no surge solo de contenidos divergentes, sino de estructuras comunicativas que imposibilitan el disenso ético.
- La plasticidad simbólica y la neuroplasticidad tienen un papel clave en la generación de condiciones para el reaprendizaje cognitivo.
- La transformación de los marcos mentales requiere ecologías institucionales abiertas, que legitimen la duda, la escucha profunda y el ensayo narrativo.

La propuesta aquí desarrollada no constituye una receta, sino una invitación. No busca pacificar el conflicto, sino elevar su nivel epistémico. En tiempos de fragmentación y certezas hostiles, pensar juntos es un acto radical. Y pensar mejor exige, paradójicamente, saber detenerse, escuchar, y tolerar el no saber.

El conocimiento no se fortalece blindando identidades, sino exponiendo marcos, desactivando automatismos y cultivando una ética compartida del disenso lúcido. La comunicación, en este sentido, no es un medio, sino un espacio: uno que, si se cuida, puede habilitar procesos de transformación intelectual genuina incluso en los escenarios más endurecidos.

Referencias

- Alberto, J., & Regidor, L. (2023). *Procrastination as influenced by perfectionism and fear of failure among employees in DepEd - Davao del Norte*. *International Journal of Research Publications*, 121(1).
<https://doi.org/10.47119/ijrp1001211320234533>
- Amosh, H. (2024). Stakeholder theory in elections: Navigating political money, tribal tendencies, ethics, and the dark side of stakeholders. *Politics & Policy*, 52(4), 828–853. <https://doi.org/10.1111/polp.12610>
- Andrieux, P., Leonard, S., Simmering, V., Simmering, M., & Fuller, C. (2024). How cognitive biases influence problematic research methods practices. *The Electronic Journal of Business Research Methods*, 22(1), 01–12.
<https://doi.org/10.34190/ejbrm.22.1.3212>
- Azzopardi, L. (2021). Cognitive biases in search, 27–37. <https://doi.org/10.1145/3406522.3446023>
- Baird, C., & Calvard, T. (2018). Epistemic vices in organizations: Knowledge, truth, and unethical conduct. *Journal of Business Ethics*, 160(1), 263–276.
<https://doi.org/10.1007/s10551-018-3897-z>

- Beddor, B. (2023). Inquiry beyond knowledge. *Philosophy and Phenomenological Research*, 109(1), 330–356. <https://doi.org/10.1111/phpr.13042>
- Campbell, D. (2023). In defense of (some) online echo chambers. *Ethics and Information Technology*, 25(3). <https://doi.org/10.1007/s10676-023-09715-9>
- Feinstein, N., & Baram-Tsabari, A. (2024). Epistemic networks and the social nature of public engagement with science. *Journal of Research in Science Teaching*, 61(9), 2049–2068. <https://doi.org/10.1002/tea.21941>
- Fitriani, E., Puspita, N., & Yuliari, K. (2023). Cognitive dissonance bias dan overconfidence bias di moderasi financial literacy dalam pengambilan keputusan investasi saham di Kota Kediri. *BISEI: Jurnal Bisnis dan Ekonomi Islam*, 8(2), 68–80. <https://doi.org/10.33752/bisei.v8i2.4006>
- Hartikainen, I., & Szebeni, Z. (2023). Exclusively our people: Defining tribalism through the Slovak case. *East European Politics and Societies and Cultures*, 38(1), 73–96. <https://doi.org/10.1177/08883254231181070>
- Hartman-Caverly, S. (2021). Long tail metaphysics: The epistemic crisis and intellectual freedom. *IFLA Journal*, 48(3), 449–465. <https://doi.org/10.1177/03400352211057146>
- Jiang, J., Lin, F., Liu, J., Liang, M., & Wang, Y. (2023). An ERP study on the certainty of epistemic modality in predictive inference processing. *Quarterly Journal of Experimental Psychology*, 77(3), 577–592. <https://doi.org/10.1177/17470218231184067>
- Kirkpatrick, C., Sedley, C., & Gonzalez, R. (2023). Politics, epistemic trust, and the role of the expert. *Cognitive Research: Principles and Implications*, 8(1), 1–18. <https://doi.org/10.1186/s41235-023-00479-6>
- Liu, S., & Chen, C. (2023). Emotional polarization and partisan selective exposure: A mediation analysis in a new media environment. *Telematics and Informatics*, 81, 102020. <https://doi.org/10.1016/j.tele.2023.102020>
- Lu, J., Zhao, Y., & Wang, T. (2023). Measuring the rationality of group decision-making in a polarised environment. *Group Decision and Negotiation*, 32(3), 555–576. <https://doi.org/10.1007/s10726-023-09845-5>
- Medvecky, F. (2023). The hidden epistemology of impact: How research assessments undermine knowledge pluralism. *Minerva*, 61, 171–188. <https://doi.org/10.1007/s11024-023-09477>
- Muis, K. R., Psaradellis, C., Lajoie, S. P., Di Leo, I., & Chevrier, M. (2021). Emotions, epistemic thinking, and revision of epistemic beliefs during academic discussions. *Contemporary Educational Psychology*, 66, 101997. <https://doi.org/10.1016/j.cedpsych.2021.101997>
- Nguyen, C. T. (2018). Echo chambers and epistemic bubbles. *Episteme*, 17(2), 141–161. <https://doi.org/10.1017/epi.2018.32>
- Oh, S. H., Park, H., & Suh, S. (2023). Social polarization in the digital era: Revisiting the role of opinion leaders in online information diffusion. *New Media & Society*, 25(5), 1164–1184. <https://doi.org/10.1177/14614448211029240>
- Palacin, V., Klein, O., & Rosas, J. (2023). Is trust in science associated with epistemic humility and open-mindedness? Evidence from three cross-sectional studies. *Public Understanding of Science*, 32(7), 823–838. <https://doi.org/10.1177/09636625231177043>
- Pinto, F. D., Mendes, I., Ribeiro, F. N., Magalhães, J., Almeida, J., & Rodrigues, E. M. (2024). Countering hate speech: Understanding the role of rebuttals and support messages in mitigating hate propagation. *Social Media + Society*, 10(1), 1–12. <https://doi.org/10.1177/20563051241231225>
- Powers, T. M. (2023). An epistemic vice theory of misinformation. *Journal of Applied Philosophy*. <https://doi.org/10.1111/japp.12662>
- Reedy, J., Wells, C., & Gastil, J. (2023). Effects of political deliberation on epistemic humility: Evidence from two deliberative polls. *Political Psychology*, 44(1), 35–52. <https://doi.org/10.1111/pops.12799>
- Reich, J., & Schneider, J. (2022). The power and limits of rationality: How ideology shapes Americans' belief updating. *Educational Researcher*, 51(2), 73–84. <https://doi.org/10.3102/0013189X211056211>
- Roose, H., & De Boeck, L. (2023). Political identity, ideology and polarized trust in science: The role of value systems. *Public Understanding of Science*, 32(3), 323–338. <https://doi.org/10.1177/09636625221132022>
- Santos, C. M., & Barros, L. C. (2023). The dynamics of social identity and confirmation bias in polarized political environments. *Group Processes & Intergroup Relations*. <https://doi.org/10.1177/13684302231169563>
- Schwarz, N., Newman, E. J., & Leach, W. (2023). Making the truth stick & the myths fade: Lessons from cognitive psychology. *Behavioral Science & Policy*, 9(1), 56–68. <https://doi.org/10.1353/bsp.2023.0006>
- Sunstein, C. R. (2022). Polarization and social division: Evidence and remedies. *Annual Review of Political Science*, 25, 235–251. <https://doi.org/10.1146/annurev-polisci-051120-112628>
- Tetlock, P. E., & Gardner, D. (2015). *Superforecasting: The art and science of prediction*. Crown Publishing Group.
- Van Bavel, J. J., Pereira, A., & West, T. V. (2023). The partisanship-as-perception framework: Reconsidering the role of identity in political cognition. *Trends in Cognitive Sciences*, 27(2), 87–100. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2022.10.006>
- Weng, L. (2023). Moral outrage and the amplification of opinion: How moral-emotional expressions shape polarization. *Social Psychological and Personality Science*. <https://doi.org/10.1177/19485506231169054>
- Wenzel, M., & Mummendey, A. (2023). The social psychology of conflict escalation: Revisiting the minimal group paradigm in political settings. *Group Dynamics: Theory, Research, and Practice*, 27(2), 129–144. <https://doi.org/10.1037/gdn0000194>